

PRESENTACIÓN DE “CIRCUNSTANCIAS PERSONALES” EN TOLEDO

Librería Hojablanca, 17 de Junio de 2009

Buenas tardes y muchas gracias. Gracias a Luis Alfredo Béjar por su presentación, a la librería Hojablanca por acogernos con la amabilidad que suele, y a Pepe Conde por su inestimable papel de cooperador necesario en la realización de este acto.

Y, claro está, a todos ustedes por haber venido. Ustedes son los protagonistas del acto. Uno publica libros con la pretensión (a menudo fallida) de que otros los lean. No siempre se escribe con ese propósito. Pero sí se publica para eso.

Hace unos días me invitaron a presentar este libro en el taller sobre escritura de cuentos del Centro de poesía José Hierro de Getafe y lo primero que dije fue que no estoy seguro de que esto de las presentaciones de libros con el autor sea una buena idea. En mi modesta experiencia, al final se acaba hablando más del autor que del libro. Y al autor lo que le gusta es que se hable de su libro. Al menos, a mí me gusta.

Si tuviera que decir cuál es tema central de “Circunstancias Personales” diría que la memoria. Hace unos cinco años, presentamos en este mismo sitio “Dicen que recordar” que fue mi primer libro publicado y es también un libro de relatos. En uno de ellos, un personaje, creo que mi propia abuela, afirma que “uno no recuerda lo que quiere sino lo que puede”

Como los psicólogos y los historiadores saben bien, la memoria, tanto individual como colectiva, se construye y se destruye, se vacía y se nutre, se elabora y reelabora permanentemente. Mantenerla viva requiere tiempo y

esfuerzo. Olvidar y recordar son dos caras de la misma moneda. El verdadero enemigo de la memoria no es el olvido, que suele ser recuperable y contra el que existen varios antídotos – desde los preparados más o menos medicamentosos a la práctica de sudokus- sino la amnesia, que al impedirnos recordar, interrumpe total o parcialmente nuestro relato interior y de ese modo nos despersonaliza.

Una de las causas más comunes de amnesia son los traumatismos – los físicos y los sociales – y en España sufrimos durante mucho tiempo las largas secuelas de uno que tuvo especial virulencia. Secuelas que han durado como mínimo cuarenta años y de las que, en mi opinión, no estamos recuperados del todo.

Este libro nació cuando me di cuenta de que, no por azar, varios de los cuentos que había escrito y guardado durante años – entre ellos algunos de los que incluí en “Dicen que recordar” – tenían algo en común y era que narraban historias que me habían sucedido a mí o a personas cercanas a mí, y que tanto ellas como yo habíamos usado, o seguíamos usando, para ilustrar situaciones y momentos significativos de nuestras respectivas biografías.

Y no situaciones o momentos cualesquiera, sino situaciones o momentos particulares en los que la peripecia biográfica y las circunstancias sociales se entremezclaban, se trababan hasta hacerse indistinguibles. Situaciones y momentos en torno a los que se organizaban luego una parte de los recuerdos de un determinado periodo y que, en ese sentido, funcionan o podían funcionar como verdaderas encrucijadas de significado.

Con los años he aprendido a desconfiar de esa forma de pensar, propia del sistema educativo en el que crecí, que separa rígidamente presente y pasado, lo subjetivo de lo objetivo, lo individual de lo social. Y como me gustan Poe, Maupassant y Chejov y Borges y Cortázar y Carver, me tentó el reto de escribir justamente en y desde la intersección de esos ámbitos. Es decir, desde ese irrepetible conjunto de circunstancias de lugar, tiempo y estado de ánimo que transforma a los individuos en personajes.

Como explico en el Epílogo, “mi plan consistía en escribir dos o tres de estos relatos desde el final de la guerra civil hasta el final del siglo XX para obtener si no la semblanza moral de esos años – me falta talento y me sobra timidez para semejante empeño - al menos sí mi particular semblanza moral” de ese periodo.

Y, en cierta medida, también la mía propia, algo inevitable si, de un modo u otro uno, se ha sido parte de lo que relata.

En cuanto tuve claro el proyecto, se me reforzó la motivación que, en mi opinión, es la primera condición - y la más importante - para enfrentarse a la pantalla del ordenador o a la hoja en blanco con alguna probabilidad de éxito.

El segundo elemento para resistir en el empeño es tener un modelo de referencia, una obra a la que te gustaría que la tuya se pareciese por la sencilla razón de que es la obra que te gustaría haber escrito. En este caso no fue una obra sino dos: “Winesburg, Ohio” de Sherwood Anderson y “Dublineses” de James Joyce.

Cuando hablo de “modelo” no me refiero tanto a imitar con mejor o peor fortuna la literalidad de los textos citados – que ni se me ocurrió releer mientras

escribía - cuanto a lo que la rememoración de su lectura de hace ya algunos (bastantes) años todavía era capaz de evocar en mi interior.

De “Winesburg, Ohio” rememoré sobre todo la mirada ingenua del narrador, lo remoto e insignificante del lugar y las situaciones, y el carácter extraño, anómalo, esperpéntico diríamos nosotros, de sus personajes. No en vano Anderson tituló la introducción a su libro “El libro de los grotescos”

De “Dublineses”, rememoré la declaración de propósitos de Joyce pretendiendo escribir un libro tal que si por cualquier motivo Dublín desapareciera del mapa pudiera ser reconstruido siguiendo las pistas dadas por su lectura. Y, también, el impacto que me produjo la película póstuma de John Houston sobre el último de los relatos (titulado “Los muertos”) que él ya no llegó a ver montada. Una película que, como el relato, rebosa ternura y melancolía.

Y el tercer elemento de supervivencia ante la pantalla era que las historias me interesaran o, mejor aún, que me atraparan. García Márquez lo dejó bien claro: “Si el autor se aburre escribiendo el lector se aburrirá leyendo”.

En su “Decálogo del perfecto cuentista” Horacio Quiroga explica como evitar ese riesgo: “No pienses en tus amigos al escribir” dice “ni en la impresión que hará tu historia. Cuenta como si tu relato no tuviera interés más que para el pequeño ambiente de tus personajes, de los que pudiste haber sido uno. No de otro modo se obtiene la vida del cuento”

Vamos, que lo primero y principal es no aburrir. A lo que ayuda, y mucho, la cercanía, la proximidad física y sentimental a lo narrado. A la literatura se le podría aplicar la conocida máxima de Robert Capa sobre la

fotografía: “Si no te parece lo bastante buena es que no estabas lo bastante cerca”.

Hay excepciones, claro (Y “Guerra y paz” de Tolstoy no es una menor) que, por cierto, se dan más en la novela que en el cuento porque el cuento, por su misma brevedad, tolera peor lo postizo, lo ajeno, permite menos relleno y, como la poesía, gana con lo directo y lo auténtico.

Esos tres elementos básicos para terminar un libro de ficción (y me atrevo a decir cualquier libro) - motivación, modelo y argumento - no suelen aparecer de forma nítida y sucesiva en la mente del escritor sino más bien mezclados e interactuando unos con otros.

Esto por lo que se refiere al libro.

Por lo que se refiere a cada uno de los relatos que lo componen diré que, además de los tres elementos anteriores, hay al menos otros dos que necesito para terminarlos: “Verlo” y “Encontrar el final”

Algunos amigos cuyo juicio me importa dicen que mis relatos tienden a ser cinematográficos, que con frecuencia parecen secuencias de una película (o que contienen fragmentos que lo parecen), que podrían servir como guiones para el cine.

Tal vez ello se deba a que mi memoria ha sido desde niño fundamentalmente visual, y a que durante mi infancia y gran parte de mi juventud fui muy aficionado al cine. No sé.

Pero sí sé que a menudo cierro los ojos mientras escribo, me aílo y trato de ver los lugares donde se sitúa la acción y a los personajes actuando, y

que procuro situar los relatos en ambientes que conozco de primera mano. Quizá porque es la forma de cumplir con otro de mis mandatos íntimos a la hora de escribir, que no es mío sino de Hemingway: “No describas. Inventa o construye a partir del conocimiento personal”.

Enseguida diré que para compensar un poco esa tendencia leo. No tengo buena memoria para los sonidos y mi memoria musical tiende desastre, excepto quizá para las palabras que son una especie de música particular. Y, claro, en esto leer me ayuda. En ese sentido otro de los retos que me planteé fue ir modulando no solo los temas de los relatos sino también los estilos para ajustarlos a la evolución social y literaria del país durante las seis décadas que cubre el libro.

La verdad es que me gusta tanto o más leer que escribir. Borges decía que preferiría ser recordado más por los libros que leyó que por los que había escrito... por cierto, lo decía cuando ya era un escritor famoso. Como yo no soy, ni probablemente seré, famoso, puedo hacer mía su frase sin riesgo de parecer hipócrita.

Escribir me gusta y leer me llena. Ambas actividades permiten disfrutar, enseñan, ayudan a ganar amigos, funcionan como poderosos antídotos contra la soledad, permiten vivir muchas vidas en poco tiempo. Y se refuerzan. Que leer es un insumo fundamental para mi escritura queda claro en “El tren de las nueve y veinticinco” (cuya idea originaria me vino de la lectura de un relato de Eduardo Galeano pegado junto a la puerta de un vagón de metro), en “El ascensor”, donde incluyo una larga referencia a un maravilloso cuento de Cortázar, o en el homenaje a “Mi siglo” de Günter Grass de “El año en que murió Haile Selassie”.

Y también, aunque de un modo más velado, en “Sin título y sin final” (una frase sacada, por cierto, de la correspondencia de Chéjov); y en la mención a los filósofos presocráticos y la cita de Heráclito en “Filosofía”, o a las “Nanas de la cebolla” de Miguel Hernández en “Dios con nosotros”.

De todos modos, con esto de las referencias literarias pasa como con la sal en la sopa: en el punto está el arte y más vale quedarse corto que arruinar el guiso.

El otro elemento al que me refería antes es “Encontrar el final”. Rara vez me pongo a escribir un relato antes de encontrarlo. Y si lo hago me sé de antemano estoy condenado a un ejercicio tortuoso que a menudo no logro culminar. Es difícil llegar a destino si no se sabe dónde se quiere ir. Por cierto, me doy cuenta que he usado la expresión “Encontrar el final” y ahora que lo pienso no siempre es así. O no del todo.

Verán: a veces conozco el final antes imaginar la historia, y escribo la historia que creo que se mejor se ajusta a ese final. Otras veces, conozco el final al tiempo que la historia por la sencilla razón de que es el final que le pone quien me la contó. También hay historias a las que les respeto el final que les puso quien me las me contó y añado otro final que es mío. Y en ocasiones tengo la historia, no encuentro el final y he de esperar que él me encuentre a mí. Lo que a veces pasa y a veces no.

Ya se habrán dado cuenta que los finales me importan bastante. Y que no me vale cualquier final.

Casi estoy por darle la razón a Poe que sostenía que los cuentos se escriben por el final. También creo que tiene razón Juan Bosch quien en su “Arte para escribir cuentos” propone no empeñarse en encontrar finales

“sorprendentes” sino escoger finales “naturales”, es decir que casi ni lo parezcan. Y Andrés Neuman, quien en “Variaciones sobre el cuento” señala astutamente que “terminar un cuento es saber callar a tiempo”.

Vamos que con los finales pasa como con los postres: pueden arreglar una mala comida y arruinar una excelente (Les advierto que durante algunos años frecuenté un restaurante inglés en Madrid no tanto por la calidad de la cocina inglesa – cocina inglesa es casi una contradictio in terminis - como por su excelente carrito de postres).

Como norma general, un final me convence si funciona al leer el cuento en los dos sentidos: desde el principio y desde el final. Pero dejemos esto que es un asunto técnico y no estoy seguro de que les interese.

Una de las cosas que más me alienta de este libro me la han señalado lectores bastante dispares y es que aunque en casi todos los relatos la política está siempre presente, apenas hay juicios morales sobre los personajes. Esto me alegra. Indica que no he confundido la acción con el tostón, ni el cuento con el panfleto.

Otra cosa que también me gusta me la dijo el otro día un amigo de Almería, a quien no veo hace tiempo. “¿Sabes qué” me soltó por teléfono “leyendo tus cuentos me daba cuenta de que los habías escrito tú?”. Me gustaría creer que eso significa que he dado con un estilo propio.

Para que nuestra vida tenga sentido necesitamos contarla. A nosotros mismos, en primer término. Y, también a otros. Pero ese relato interior que de vez en cuando exteriorizamos y compartimos, lo escribimos y reescribimos sin

cesar. Rara vez es un relato continuado en el sentido que lo es, por ejemplo, un libro de historia o una película. Más bien se asemeja a un collage de fotos, fragmentos de periódicos y revistas, brochazos de mano anónima, y secuencias de cine en permanente movimiento, a menudo caótico, y cuyas claves se nos escapan o nos cuesta descifrar.

Sabemos que esos elementos son nuestros porque los llevamos dentro. Y, también, que buen número de ellos - si no todos - son también ajenos, fueron puestos ahí por otros: familiares, amigos, enemigos, maestros, compañeros de trabajo, medios de comunicación...

El repertorio de materiales con los que en una sociedad medianamente consolidada se construyen los referentes sentimentales, ideológicos, estéticos y morales de una generación tiende a ser bastante común. Lo individual, lo irrepetible, deriva de la peculiar selección que se nos quedó grabada, el modo como esa selección se agita en nuestro interior, la forma como gestionamos esos movimientos. Y eso vale tanto para el autor como para sus personajes. Recordarán que cuando a Flaubert le preguntaron quién era Madame Bovary respondió sin dudar "Madame Bovary soy yo". Pues eso.

Creo que este esquema de relatos sucesivos funciona bien como sistema narrativo para reconstruir la memoria. Tan bien o mejor que las novelas pretendidamente históricas. Se adapta mejor a la forma de leer rápida y entrecortada - con frecuencia en el autobús o en el metro - de nuestras ciudades, y le permite al lector leer a la carta. Ah, y si le apetece el lector siempre puede intercalar sus propios relatos en los huecos de la serie.

Termino ya, no sin antes darles un consejo. Desconfíen de lo que los escritores decimos sobre nuestros libros. En general mentimos. En general, preferimos olvidar enseguida la cantidad de desvelos, intentos fallidos, dudas, ideas prestadas, noches en vela y decisiones absurdas o arbitrarias tomadas al escribir, o al intentar publicar una cosa y no otra. Por no hablar de las que toman los editores sobre lo que finalmente publican y no.

Es decir: yo que ustedes olvidaría todo lo que le he dicho esta noche sobre este libro y me limitaría a leer el primer relato. Y si les gusta, a pasar al segundo. Por favor, lleguen por lo menos al segundo porque se sitúa en esta ciudad y tiene que ver con algo que pasó aquí y que Pepe Conde me contó hace tiempo. Quizá alguno haya oído hablar de ellos antes de ahora.

Si a partir de ahí estos relatos les atrapan, sigan. Y entonces, solo entonces, recomiéndolo o, mejor aún, regalen uno o dos ejemplares a algunos familiares o amigos. El autor, en primer lugar, y también el editor y el librero – para quienes, por cierto, solo tengo palabras de elogio - se lo agradeceremos.

¡Ah! y si alguno se toma la molestia después de contarme qué le ha parecido – la dirección de mi página electrónica va en la solapa del libro - le estaré muy agradecido.

Muchas gracias.